

Educación en el dinero

El dinero, decía Papini, es verdaderamente el "estiércol del diablo". Antonio Vázquez, en uno de sus recientes libros -siempre ricos en sentido común-, titulado *Educación en el dinero* (Ed. Palabra 1997), dice: «pienso que el autor italiano, siempre hiperbólico, se equivoca de sujeto (...) Pongamos las cosas en su sitio: el dinero no tiene nombre, sólo muestra un número y una serie, pero no es "apátrida", siempre tiene un propietario (...). En definitiva, detrás de cada moneda hay una persona. Dejemos de hacer del dinero el chivo expiatorio de muchos males. El dinero no es basura, ni mancha; no es sucio ni limpio; nada que es necesario merece desprecio. El dinero, símbolo de los símbolos y medio de los medios, es absolutamente neutro. No es bueno ni malo. Su valor positivo o negativo depende del precio que se esté dispuesto a pagar por alcanzarlo y del modo y finalidad con el que se gasta o se invierte. Es decir, si su conquista es producto del trabajo y no de la intriga o el engaño; y si al utilizarlo se sirve a la sociedad o se la vampiriza. Satanizar el dinero equivaldría a satanizar a las mujeres guapas».

No conviene hacerle ascos al dinero. No hay que tributarle culto de latría ni desprecio principesco. Bien dosificado ayuda a desarrollar la responsabilidad, a madurar la personalidad. Pero la abundancia de dinero sin responsabilidad sofoca ciertamente la libertad y el señorío íntimos de la persona. Por eso es necesaria una educación en este sentido: urge evitar *el consumo que consume* a los hijos.

MÉTODOS EDUCATIVOS NO RECOMENDADOS

Josep Plá -maestro en periodismo-, en su libro *La República que viene*, narra una conversación enmarcada en aquel cambio de régimen de 1931, cuando los negocios flaqueaban. El periodista se interesa por los hijos de su amigo y éste le confía:

-Les he cambiado la educación. Vivimos una época, nos encontramos en un país, las cosas tienden a endurecerse de tal manera, que hay que prepararse para lo que pueda venir.

-¿Le parecería una indiscreción si le pregunto cuáles son los principios en los que se basa su nuevo sistema educativo? -le pregunto.

-Los comprenderá perfectamente -me responde. -Primeramente les hago aprender idiomas, porque creo que es conveniente que mis hijos sepan pedir dinero a la mayor cantidad posible de seres humanos y que den a esos seres las máximas facilidades.

-Me parece bien orientado.

-Mi segundo principio consiste en enseñarles a tocar un instrumento portátil, ocarina, flauta, violín, clarinete o armónica, porque nunca se sabe las necesidades inmediatas que pueden surgir...

-El principio me parece excelente.

-Finalmente, mi sistema comporta unos ejercicios prácticos. A veces reúno a mis cinco hijos en casa y les tiro un duro al aire. Si el duro llega a tierra sin haber sido cogido por ninguno, los pongo a pan y agua y no los dejo salir.

-¿Me permite una pregunta? -le digo.

-Las que quiera.

-¿Les ha tenido que castigar frecuentemente? -¡Por ahora nunca! Agarran la moneda con una facilidad sorprendente.

-Sus hijos saldrán adelante.

-Eso espero. Mi sistema educativo es excelente para los tiempos que vivimos. Forma a la juventud...

Nos despedimos -por mi parte, encantado.

No es menester glosar este método tan eficaz para metalizar a la prole. Pasemos sin más a los consejos adecuados.

SUGERENCIAS PARA LA EDUCACION EN EL USO DEL DINERO

1. Enseñar el valor del sacrificio. Lo primero que deben hacer los padres para educar a los hijos en el uso del dinero es convencerse de que su deber *no es* evitar a toda costa las dificultades y sacrificios que ellos (los padres) hubieron de pasar, justamente para sacar adelante la familia. En cambio, una importantísima tarea que les incumbe es *enseñar a enfrentarse con valentía y audacia a las dificultades*, sin miedo a los sacrificios que sean menester para llegar a ser hombres y mujeres de una pieza. Enseñarles que sin sacrificio ellos no habrían llegado al mundo. Con este supuesto imprescindible, convendrá oportunamente lo siguiente:

2. Enseñar «lo que vale un peine». Si no lo conocen, es natural que lo quieran todo, que pretendan realizar hasta sus más fantásticos o irrisorios caprichos. Conviene que conozcan a grandes rasgos el presupuesto familiar. Así es más fácil que aprendan a ser menos exigentes a la hora de pedir dinero, y se concederán menos caprichos personales. Se darán cuenta también de que un gasto extra no depende del capricho de sus padres. La vida cotidiana ofrece muchas oportunidades de ayudar a los chicos a desechar la idea de que el dinero sale de un pozo sin fondo.

3. Enseñar la economía doméstica. Los chavales *deben manejar algún dinero* desde que van solos a algún sitio (colegios, excursiones, salidas con los amigos, autobús), para aprender a utilizarlo con sentido común. A los once o doce años ya han de *disponer de algún dinero -ni demasiado ni demasiado poco- para sus gastos*. Entregado sin condiciones, para estimular el buen comportamiento del niño. Los padres han de decidir lo menos posible en lugar del hijo, no dar siempre directamente los billetes del autobús, la merienda, etcétera. Cuando el niño sea capaz de hacer esas pequeñas compras, que las haga, aunque, como es lógico, meta la pata en más de una ocasión.

4. Enseñar el valor de lo que no se puede comprar y sin embargo es lo más valioso de la vida

La vida misma es un valor inconmensurable, así como todas las cosas que proporcionan una felicidad duradera: el amor, el cariño, la ternura, la sabiduría, la generosidad, la satisfacción del deber cumplido. Bien entendido que más que bellos discursos hay que darles buen ejemplo con la propia conducta, con esas alegrías *que no se han podido comprar con dinero ni se pueden vender*, sino que se han obtenido del encuentro con otros valores más altos: el trabajo bien hecho, la amistad sincera y leal, la ayuda prestada a los demás, aportaciones al bien común, el premio de una competición deportiva, el deleite que produce escuchar una buena música, contemplar una obra de arte o realizarla, saberse hijo de Dios y querido por Él infinitamente...

5. Enseñar el valor de sus propias elecciones. Orientarles, asesorarles. Siempre es mejor y más eficaz alabar lo bueno que censurar lo malo. “¡Qué bien has elegido esta prenda! No es de marca, pero aventaja a las que anuncian en la tele, por esto y por lo otro. Y además, permite dedicar un poco más de dinero a aquello otro, que es muy necesario...”.

6. Enseñar a no andar nunca sobrados de dinero, que mejor es andar escasos. La fiebre de comprar suele atacar a los chicos entre los 8 y 18 años. Muchos lo consiguen todo y entonces no sienten necesidad de nada y pierden la ilusión por las cosas que valen la pena, se han acostumbrado a tenerlo todo en el mismo momento en que lo desean. Un niño saturado de juguetes y de electrodomésticos de todas clases puede caer en una dispersión mental que le impida entregarse a un polo valioso de interés o de profundizar en el estudio de una disciplina. Cuando sea mayor, fácilmente buscará refugio para su débil personalidad en lugares donde el dinero le permita sentirse apreciado y admirado: bares, fiestas, salas de juego. Fácilmente se «venderá» por dinero.

7. Enseñar a ahorrar -de la «paga»- para los imprevistos, para los pequeños caprichos o, por ejemplo, para adquirir en un futuro más o menos próximo una bicicleta o unas buenas zapatillas de deporte.

8. Mostrar la economía doméstica, sin inconveniente, aunque sin rebasar la medida que, por edad y formación, sean capaces de soportar. Es lógico que se comparta la experiencia tan formativa de la marcha económica de la casa, sobre todo en aquellos aspectos en los que puedan actuar en beneficio de todos. Es muy bueno responsabilizarles en cierta medida de la marcha financiera de la familia. Por ejemplo, encargándoles el presupuesto diario de manutención de la familia durante las vacaciones, ir a la compra, programar diversiones.

9. Enseñar a valorar cada cosa según el lugar que le corresponde dentro de una justa jerarquía de valores.

10. Enseñar a aprovechar y cuidar sus cosas: reparar un juguete, arreglar un electrodoméstico, un mueble, etcétera.

11. Desarrollar el sentido crítico para no idolatrar la moda. El que «todos lo llevan» o «todos mis amigos lo hacen» no es un criterio ético ni estético.

12. Educar la «sensibilidad espiritual» para gozar de la literatura y de la música clásicas -cuyo valor perdura a través de los siglos porque son realmente valiosas-, más que de los ruidos que produce la música de consumo o las estupideces de noveluchas (algunas llegan a best-seller) o de muchos programas de televisión.

13. Educar la sobriedad, para no ir siempre con los cascos en las orejas, que además de sordera

producen insensibilidad para captar el valor de la existencia y del vivir de los demás. Hay que dosificar los caprichos, saber renunciar a ellos cuando es necesario o conveniente.

14. **Enseñar a pasar de largo.** No dejarse llevar del primer impulso ante los escaparates. Reflexionar sobre el porqué de los gastos.

15. **Enseñar a valorar las personas** (amigos, parientes, vecinos, conocidos) **por lo que son**, no por lo que poseen.

16. **Enseñar a trabajar en vacaciones** (reparto de periódicos, encargos caseros, impartir clases a amigos que lo necesiten o a hermanos más pequeños) da siempre excelentes resultados. Obtendrán un sueldecillo y aprenderán a valorar mejor el buen uso del dinero.

CONTACTO CON SITUACIONES DONDE HAY NECESIDAD

Este es también uno de los sabios consejos que propone Antonio Vázquez en el ya citado libro. En él cuenta su conversación «con un chico de veinte años que había pasado el verano en Ecuador, para tratar de liberar a aquellas gentes de una de las más dramáticas carencias: la ignorancia. Había perdido diez kilos de su peso habitual. Por decir algo, se me ocurrió comentar:

-¿Qué, echando una mano a aquellas gentes? El hombre me miró y sin el menor engolamiento me y dijo: -No, a mí me han echado una mano. He sido yo el que he salido ganando, pues ahora veo la vida de otra manera.

«Sí, dice Antonio Vázquez, también esta sociedad de consumo puede evolucionar hacia una sociedad más solidaria». Pero para ello aconseja: «hay que poner en mano de las instituciones de la Iglesia algo más que la cruz en el casillero de la declaración sobre la renta, y de manera proporcionada a nuestros ingresos. Hay que utilizar parte de nuestro tiempo para participar en iniciativas que buscan prestar un servicio a los más necesitados: ancianos, desvalidos, emigrantes, discapacitados. Hay que saber llevar unos dulces y un rato de conversación a una pobre anciana, a quien nadie socorre, y vive sin otra compañía que su soledad. Hay que construir inmuebles que van a ser utilizados para formar cristianamente muchas personas. Hay que promover que los poderes públicos ayuden a la familia y promueven la libertad de enseñanza y la financiación necesaria para hacerla efectiva». Y concluye: «la educación de nuestros hijos es el más importante y mejor negocio de nuestra vida».

Antonio OROZCO